

La calle para el viernes 19 de marzo de 2010
Diario de un espectador
Biografía de don Sergio
por miguel ángel granados chapa

Para finalizar hoy nuestro acercamiento a Vicente Leñero, con motivo de su elección como miembro de número de la Academia mexicana de la lengua, compartiremos con nuestros lectores, como lo hacemos a menudo, un pasaje de su columna “Lo que sea de cada quien”, que mes con mes aparece en la *Revista de la Universidad de México*. En el número de marzo el escritor se refiere a su propósito de escribir una biografía de don Sergio Méndez Arceo, el colosal obispo de Cuernavaca que desde fines de los cincuenta hasta su muerte en 1992 no cesó de reformar (o de pretenderlo al menos) el pensamiento y las prácticas de la Iglesia católica de que era pastor. Por eso Leñero lamenta que lo sucedieran “obispos conservadores de infeliz memoria. Primero el sospechoso Juan Jesús Posadas –asesinado por narcos—y luego el tibio Luis Reynoso que se cayó de una escalera y se mató”.

Leñero y su esposa Estela Franco eran muy cercanos a don Sergio y por ello, y por la calidad de su propio trabajo el escritor creía tener un cierto derecho sobre la biografía del obispo, para escribir la cual necesitaba su autorización y colaboración. Tenía la misma idea, basada en semejantes razones Luis Suárez. Una vez don Sergio aceptó dar a Leñero una entrevista para comenzar el trazo autobiográfico; “durante dos o tres horas, frente a una grabadora, don Sergio inició el relato de su niñez y su temprana vocación sacerdotal.

Fue la única entrevista que nos concedió. Después de hizo el occiso.

“Aunque lo seguíamos viendo con frecuencia, Estela y yo no volvimos a tocarle el tema. Parecía evidente que don Sergio nada quería saber de biografías.

No era cierto, por desgracia. Años más tarde me telefoneó una tal Gabriela Videla, periodista chilena, a quien don Sergio había dado mi número telefónico para que yo la ayudara a precisar algunos datos para su biografía del obispo. --¿Está escribiendo usted una biografía de don Sergio?—me sorprendí.

--Con su autorización –contestó telefónicamente la mujer--. Le hice una serie de entrevistas y estoy terminando el libro.

Colgué furioso el teléfono y furioso continuaba cuando me tope un jueves con don Sergio que había ido de visita a Proceso.

--¡Cómo me pudo hacer eso! –le grité delante de Julio Scherer--¡Me traicionó vilmente!, ¡me traicionó!

El obispo trató de explicar que aquella mujer había estado reuniendo material

No lo dejé terminar la frase.

--¿Sabe qué, don Sergio? ¡Váyase mucho a la chingada!—Y me largué dejando atrás el azoro de Julio y el propio obispo.

El exabrupto había resultado más que excesivo –lo reconocí después—y sólo gracias a las mediaciones de Estela logré reconciliarme poco a poco con él.

En 1982 apareció el libracó de Gabriela Videla, *Un señor obispo*, publicado pobremente por la editorial de *El correo del sur*. Aunque contenía buenas fotografías era un trabajo elemental, un panegírico repleto de elogios desmesurados.

Por mi hija Estela me enteré de la muerte de don Sergio en febrero de 1992, en el monasterio benedictino de Ahuatepec, cuando ensyábamos ahí, con el grupo teatral de Luis de Tavira, *La noche de Hernán Cortés*.

Ya no habitaba en mí el resentimiento sino los gratos recuerdos de aquel obispo que durante veinticuatro años nos había ayudado a transitar por los caminos de la fe al margen de las rapacerías eclesiásticas.

Lloré como si se me hubiera muerto otra vez mi padre”..